

Paradigmas históricos para el quinto capitalismo

HOY SE HABLA DE CAMBIAR EL MODELO CAPITALISTA, ¿QUÉ PODEMOS APRENDER DE LAS ETAPAS HISTÓRICAS DEL CAPITALISMO?

AGUSTÍN GONZÁLEZ-ENCISO

Vivimos un tiempo de confusión. ¿Necesitamos libertad o, mejor, un Estado que ordene el caos? La empresa ¿tiene que limitarse a ganar dinero para los accionistas, o preocuparse de la sociedad? ¿Debe callarse la religión porque la economía es una ciencia autónoma que se rige por su lógica? El progreso se mide por la mejora material, cierto, pero ¿dónde queda la mejora personal en armonía con lo profesional?, ¿tiene esto algo que ver con la empresa? Las empresas son comunidades donde multitud de personas dedican un tercio de su tiempo a realizar una actividad esencial para ellas, el trabajo. Entonces ¿qué importancia tiene la persona, entendida en su integralidad, para la empresa? Bien mirado, es difícil asumir sin más, que la función de la empresa sea sólo ganar y producir, por digno y necesario que eso sea. Más bien, se hace necesario pensar que existe alguna obligación añadida a los objetivos meramente empresariales.

Hoy se habla de cambiar el modelo capitalista, ¿qué podemos aprender de las etapas históricas del capitalismo? La Historia (en cuanto ciencia) no ofrece soluciones ciertas, los problemas que



estudia son vitales y en la vida influyen muchos factores que no actúan con lógica matemática. Las personas tienen libertad y tienen intimidad, dos elementos que impiden saber con exactitud por qué se actúa de una determinada manera. No obstante, la Historia ofrece multitud de datos completamente ciertos, que nos permiten conocer el entorno social de una época y relacionarlo con modos de actuación personal; en ese sentido, el pasado, aunque conocido de manera limitada, nos ayuda a reflexionar sobre los problemas presentes y a sacar conclusiones para mejorar nuestro comportamiento y sus posibles consecuencias. Intentaremos señalar los paradigmas fundamentales en los que el capitalismo se ha basado en diferentes etapas históricas.

LA EMPRESA EN EL PRIMER CAPITALISMO MEDIEVAL

Lo primero que cabe recordar es que, en los siglos medievales, de modo particular desde el siglo XII, existen burgueses que se dedican al comercio, la banca, el cambio de dinero o el giro de letras; hay un comercio muy desarrollado entre los reinos medievales y estos reinos colaboraban entre sí en lo económico con bastante libertad. De hecho, se ha hablado de la Europa medieval como de una “república de mercaderes”, lo que indica el desarrollo del comercio y el talante liberal con el que se hacía.

La vida mercantil dependía de las ciudades, centros neurálgicos de tráfico que llegaban desde los extremos del mar Negro hasta el Báltico, a través del Mediterráneo, rodeando la península Ibérica y enlazando con las rutas de los Países Bajos y de la Hansa, en el norte de Alemania. Una auténtica globalización euroasiática, ya que al mar Negro llegaban los productos de extremo Oriente (rutas de la seda y del océano Índico), mientras que los poderes musulmanes conectaban con tráfico del norte de África. Si a eso unimos las compañías internacionales, el uso de monedas acuñadas por los poderes políticos, las ferias para hacer balance de los negocios y, sobre

La Historia nos ayuda a reflexionar sobre los problemas presentes y a sacar conclusiones para mejorar nuestro comportamiento

todo, el desarrollo de la letra de cambio, tendremos los elementos fundamentales del capitalismo.

Un segundo aspecto sería considerar el lugar del comerciante y de su actividad en la sociedad. El desarrollo económico cambió su percepción de usurero –por manejar dinero a crédito– a mercader, incluso mercader-banquero. Poco a poco se legitima el dinero y se reconoce que los mercaderes realizan un trabajo muy útil para la sociedad porque consiguen bienes indispensables. Pero el comerciante acepta el puesto social que el ordenamiento estamental le concedía. En ese orden social, formado por clérigos, nobles y estado llano –aquí se incluyen los comerciantes–, los comerciantes se encargaban de una función precisa. Al realizarla, el comerciante debía respetar los privilegios de los nobles –que los gozaban para realizar su función de gobierno y defensa de la sociedad–, y los límites morales dictados por los clérigos, profesores de moral social y económica.

Ese ordenamiento buscaba la consecución de la justicia, del bien común, lo cual quiere decir que los comerciantes tenían como principal finalidad, no sólo ganar dinero, sino colaborar, con su función social, a la consecución del bien común. Dinero, sociedad y religión iban unidos.

Un tercer aspecto, coherente con el anterior, es que los comerciantes solían consultar sus negocios con los confesores para saber si incurrían en prácticas inmorales. De ahí podemos sacar dos conclusiones importantes para nosotros. La primera es que, en efecto, el comerciante valoraba la moral de sus actividades, valoraba la justicia. La segunda tiene que ver con los orígenes de la ciencia econó-



Los comerciantes tenían como principal finalidad, no sólo ganar dinero, sino colaborar, con su función social, a la consecución del bien común

mica. Los confesores necesitaban un conocimiento detallado de las prácticas mercantiles para bucear en su esencia y poder dar un juicio sobre su posible licitud. Ese conocimiento hizo de los moralistas medievales los primeros teóricos de la economía.

Si tenemos en cuenta conceptos como función social, bien común, ética de los negocios, todo ello aceptado personalmente, tendremos un ejemplo acabado que nos orienta muy bien sobre lo que de verdad puede significar la responsabilidad social de los empresarios. Es el paradigma del bien común, de la responsabilidad.

EL EMPRESARIO Y EL REY EN LA PRIMERA MODERNIDAD (SIGLOS XV-XVIII)

Superada, un siglo más tarde, la crisis de la peste negra de mediados del siglo XIV, la Europa medieval moriría de éxito. Podríamos decir que dejó de ser medieval porque triunfó y desarrolló su economía; al hacerlo, dio a luz una nueva sociedad. El desarrollo de la dinámica medieval produjo una serie de transforma-

ciones que darían paso a la Edad Moderna (siglos XVI-XVIII). Los elementos del cambio convergen en la segunda mitad del siglo XV y se pueden resumir en estos: el Renacimiento cultural, los inicios de la crisis religiosa, la formación de los estados modernos unificados, el auge del capitalismo por el desarrollo minero y los descubrimientos de nuevos mundos en el Atlántico (ruta por África hacia oriente, ruta hacia América).

En este caso, resaltaremos cuatro aspectos que centran el paradigma económico de estos siglos. El primero es que se abren nuevos horizontes de mercado. El mundo empieza a ser global: los europeos, que dominan los tráfico intercontinentales, pueden viajar a todos los rincones e intercambiar sus productos. Pero eso planteará también nuevos problemas: un problema de escala, de tamaño; el problema de la colonización, de los esclavos africanos y el del proteccionismo nacional y colonial. Se necesitarán, también, muchos más medios de pago y controlar el metal precioso.

La segunda cuestión es que para

resolver esos problemas los empresarios necesitan el Estado. Las monarquías modernas son ya estados con la fuerza económica que proviene de un fisco desarrollado, con una administración bien organizada, y con ejércitos y armadas que conquistan tierras y defienden las colonias. Pero los monarcas también necesitan el apoyo de los burgueses: comerciantes, burócratas, intelectuales que investigan cómo organizar todo eso que aparece como algo nuevo respecto a la sociedad medieval. El conjunto es lo que se ha llamado mercantilismo (sentido histórico del término). En ese mundo la nobleza antigua tiene menos sentido; se forma una nueva nobleza, que mantiene los privilegios, pero cuyo origen no son las armas, sino los servicios económicos al rey. En el Estado Moderno los reyes tienen más poder, pero no el suficiente; por otra parte, los comerciantes necesitan también del apoyo real: legislación, concesión de privilegios, defensa; en definitiva, rey y burgueses se necesitan mutuamente más que nunca, aprenden a colaborar y lo hacen. La tercera cuestión tiene que ver con la justificación moral de toda actividad, política o comercial. En la Edad Moderna confluyen otras dos realidades nuevas, de tipo político-religioso. Por una parte, la reforma protestante. Nos interesa fijarnos en que la reforma indujo a un relativismo ético. En el mundo protestante la división se multiplicó y cada iglesia entendió la ética de manera diversa; por otra parte, la increencia también se multiplicó: no el ateísmo, que es distinto, pero sí la increencia, la falta de fe en la autoridad religiosa dividida y por ende, la falta de una fe convertida en práctica religiosa. Así, los comerciantes abandonaron

el consejo y siguieron su propio criterio a la hora de resolver problemas morales que, por esa vía, acabarían siendo secundarios.

En cuarto lugar, mencionemos el desarrollo del absolutismo monárquico, un rey a quien el poder le llega directamente de Dios, entendido, claro está, según la religión que se practicase. Ello aumentaba el poder del rey, considerado como persona sagrada, a la vez que rebajaba el de la iglesia, sometida también a su control. La derivación práctica de esto es que la norma ética la dicta el rey; en la práctica, las leyes que emanan del rey tienen también un alcance moral. Dentro del protestantismo, además, el rey, o la autoridad pertinente, es también la cabeza de la iglesia de que se trate.

En este ambiente, los principios del orden estamental –cuya estructura jurídica se mantiene–, se debilitan. El rey gobierna autoritariamente y las funciones sociales estamentales se desdibujan, lo importante pasa a ser la autoridad real: la nueva nobleza de servicio o la Iglesia sometida a la autoridad monárquica, son dos ejemplos del cambio. Los nuevos burgueses están ligados a las necesidades del rey: arrendatarios de impuestos, asistentas de suministros militares, prestamistas; o bien, miembros de grandes compañías de comercio colonial que dependen del privilegio real. En definitiva, el orden estamental, que limitaba la actividad económica en beneficio de privilegios sociales para el bien común, deja de tener sentido porque las funciones que justifican los privilegios no se cumplen. Antes, libertad era cumplir la norma y respetar la función; con el crecimiento económico de los siglos XVII y XVIII, la libertad se entendió como la necesidad de cambiar



El cambio cultural hizo de la modernidad el momento del triunfo de la razón por encima de la fe religiosa. Se mantiene la práctica religiosa, la actuación social ya no se basa en la religión

normas y funciones consideradas contrarias al crecimiento. A mediados del siglo XVIII se había desarrollado una percepción de abuso de autoridad y corrupción: es el antiguo régimen que era necesario cambiar.

En definitiva, la Edad Moderna deja una herencia ambigua. Por una parte, reyes y comerciantes han aprendido a colaborar positivamente. El sector público empieza a despuntar en colaboración con los particulares, sería anacrónico hacer una diferencia tajante en ese sentido. Pero, por otra parte, la reforma religiosa y la crisis de la función estamental le dieron al rey demasiado poder moral, en todos los campos. Además, el cambio cultural hizo de la modernidad el momento del triunfo de la razón por encima de la fe religiosa. Se mantiene la práctica religiosa generalizada y perviven unos principios morales también generales, pero la fundamentación de la actuación social ya no se basa en la religión. Para la Ilustración, la ciencia, también la economía, son actividades racionales en las que la religión no

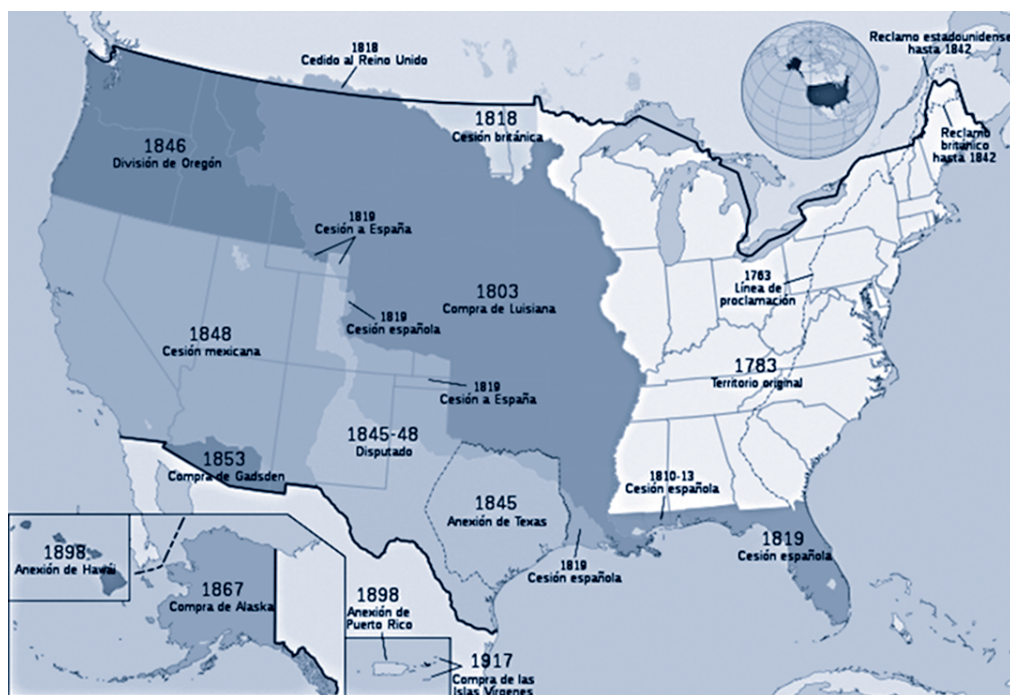
cuenta: se pierden los valores a costa de los intereses.

LA REVOLUCIÓN Y LA NUEVA LIBERTAD DEL SIGLO XIX

El siglo XIX es el siglo de la libertad, o mejor, de una nueva comprensión de la libertad que, como diría R. Aron, confunde libertad con libertades. Se entró en el XIX a través de las revoluciones del siglo XVIII (Estados Unidos, Francia), que suponen un cambio de modelo social. Su precedente está en las revoluciones inglesas del siglo XVII (1640, 1688). El cambio es múltiple: consiste en pasar de una sociedad estamental, de grupos organizada por funciones, a una sociedad de clases, de individuos clasificados por su riqueza; de un gobierno monárquico, por la gracia de Dios, a un régimen republicano o bien un monarca constitucional, sujeto a las competencias del parlamento y del poder judicial. Desaparece la autoridad religiosa en la vida social y la economía se encuentra libre de las trabas de privilegios de nobles y municipios.

La nueva libertad, sin embargo, presenta varios problemas. Por una parte, con los privilegios estamentales desapareció la idea de función social. Por otra, desaparece el vínculo del poder con Dios; no se reconoce autoridad moral alguna por encima del poder. ¿Quién es ahora el poder? El Estado, es decir, la ley. La moralidad es cumplir la ley civil. El empresario ya no tiene que preocuparse de cuestiones morales o sociales, se ocupa el Estado, le basta con cumplir la ley. La única función del empresario es crear riqueza, al precio que sea, y el Estado tiene que darle libertad, dejarle hacer: *laissez faire*.

El liberalismo político no fue todavía democrático. Los parla-



La nueva libertad, sin embargo, presenta varios problemas. ¿Quién es ahora el poder? El Estado, la ley. La única función del empresario es crear riqueza, al precio que sea

mentarios eran elegidos por los cabezas de familia ricos. Era una oligarquía de poderosos: nuevos burgueses y antiguos nobles. Se creó un modelo de libertad que se apoyaba en el poder de la propiedad. En sus inicios, el liberalismo decimonónico mantuvo las normas morales que estaban aún en el sentimiento de muchos, pero las fue perdiendo en beneficio del principio de utilidad.

El liberalismo se convirtió en utilitarismo puro y duro, y produjo un cambio ético en el que triunfan los valores del más fuerte: el bien común deriva de la riqueza que crean los ricos (aunque ellos busquen sólo su riqueza); los pobres lo son por su culpa; los obreros no tienen derecho a reunirse, ni a defenderse; los problemas religiosos son personales, no deben aparecer en la escena pública; propiedad y beneficio son los objetivos a conseguir. El progreso es el único objetivo colectivo posible. Quizás este resumen se apoye más en

testimonios literarios que en un análisis detallado, porque hubo de todo; en cualquier caso, la ley de hierro del salario, el *self made man*, el pionero, la fuerza del cambio, son paradigmas muy reales.

Las nuevas políticas prohibieron gremios y asociaciones de trabajadores que así perdieron sus medios de convivencia y mutualidad, ambiente en el que se había desarrollado la actividad industrial europea durante siglos; los obreros se convirtieron en proletarios. Los campesinos dejaron de ser vasallos de sus antiguos señores para convertirse en meros inquilinos sin derechos. A la insensibilidad social del liberalismo se unió el anticlericalismo. La manifestación más clara, en los países católicos, fueron los procesos de desamortización de las propiedades de la Iglesia. Junto a ellas desaparecieron los comunales. Muchas órdenes religiosas pequeñas fueron prohibidas. Pero no se atacaron las propiedades de nobles y bur-

gueses. Estos, en cambio, fueron los principales beneficiarios de las ventas de aquellas propiedades. Los antiguos propietarios no recibieron compensación alguna. Las consecuencias no se hicieron esperar. Las exageraciones del liberalismo utilitarista produjeron una grave crisis social. La nueva sociedad liberal, que pretendía ser igualitaria y fraterna, consolidó más bien una creciente desigualdad y propició el enfrentamiento de clases. La libertad a ultranza del empresario, frecuentemente sin piedad hacia los asalariados –obreros o campesinos– creó, de hecho, nuevas pobreza y generó un extendido desarraigo social. Los bajos salarios y la falta de ayuda a los obreros, acabaron propiciando el desarrollo de los socialismos. Triunfó el marxista que, si bien acertaba en algunas denuncias, propuso una solución mucho peor. Hoy ya sabemos cuál es el destino de las sociedades que se dejan arrastrar por el marxismo radical: falta total de libertad, imposición violenta del Estado y pobreza final.

Del siglo XIX es necesario recordar también el desarrollo del imperialismo que llevó a los países occidentales a aprovecharse de los recursos naturales de los países pobres y a controlar su vida política para que eso fuera posible. Medio mundo se convirtió en colonia de Europa o de Estados Unidos, a través de un dominio fundamentalmente económico, ejercido incluso con países libres, como en Latinoamérica.

En definitiva, el siglo XIX enseñó a ganar en libertades –en algunas– y recalcó la importancia de la propiedad, pero se olvidó de la responsabilidad social y acabó de separar la economía de cualquier sanción moral.

|||||

El siglo XIX enseñó a ganar en libertades, pero se olvidó de la responsabilidad social y acabó de separar la economía de cualquier sanción moral

■■■■■

EN BUSCA (FALLIDA) DE LA SEGURIDAD PERDIDA

Entre el liberalismo radical y los excesos socialistas, el siglo XX asiste al cénit del dilema entre libertad y seguridad. Su respuesta fue afirmar la seguridad, que ha tenido nombres variados y opuestos: comunismo, fascismo, socialdemocracia –con varias acepciones–, estado del bienestar. Salvo los regímenes totalitarios, cuyo fracaso ha sido evidente, antes o después, las versiones sociales tuvieron éxito durante un tiempo.

Hacer un resumen breve del siglo XX resulta difícil. El enfrentamiento de las ideologías salidas de los excesos decimonónicos llevó a dos grandes guerras mundiales, por un lado y a regímenes totalitarios, por otro, que impidieron situar al mundo económico y empresarial en un lugar objetivo. Como diría A. Piettre, la economía que llegó a ser dominante en el siglo XIX, fue dominada en el XX por el Estado. Hasta el siglo XVIII hubo colaboración entre el Estado y los empresarios; en el XIX los empresarios camparon por sus respetos; en el siglo XX se asiste a un dominio total por parte de los políticos. Ciertamente, los políticos tienen intereses económicos, pero dominan la agenda empresarial.

En el siglo XX, la economía de mercado se ha desarrollado bajo una normativa estatal creciente; por otra parte, la extensión del estado del bienestar ha llegado a límites insostenibles, mientras el peso fiscal se lleva una parte sustancial de los beneficios. Si añadimos la deriva cultural, donde la religión ha ido perdiendo peso, entendemos que al final del siglo XX exista en las sociedades desarrolladas un sentimiento

creciente de falta de libertad. Sin fundamentos religiosos, política y economía se apoyan solamente en la eficacia, cuando no en un discurso populista pretendidamente moralizante, pura demagogia. Los objetivos de progreso y crecimiento económico aparecen cada vez más vacíos de contenido. En el siglo XXI el liberalismo roza límites totalitarios cuando exige que los valores religiosos sean meramente personales, o cuando lleva a cabo políticas sociales que contravienen aspectos humanísticos básicos defendidos por las religiones, como el aborto, por ejemplo, e instaura como valor social un ateísmo práctico.

En Occidente ha triunfado una socialdemocracia cada vez más populista, que sigue huyendo de valores humanos profundos y no ha sabido ofrecer un proyecto social de futuro. Ni siquiera sirve el crecimiento económico, porque existe una amplia masa social que considera la imposibilidad de ascender socialmente. La pobreza se ha hecho relativa, y existe. Por otro lado, la islamización de Occidente plantea unos retos de alcance desconocido en un momento en que la sociedad se halla totalmente desmoralizada y el poder de la tecnoestructura en busca de votos populares –Estado, grandes empresas multinacionales y medios de comunicación– dificulta el cambio de paradigma.

En definitiva, la propuesta de seguridad ha tenido muchas ventajas, pero se ha hundido en su propio éxito –por inviabilidad económica–, y ha dejado la sociedad sumida en una total pobreza de valores –por su desprecio de lo moral–, una sociedad no sostenible si no se trabaja con otro tipo de perspectivas y responsabilidades.

EL QUINTO CAPITALISMO

Si aprendiéramos de la historia cada época continuaría lo bueno de la anterior y desecharía lo negativo. En cambio, da la impresión de que la historia ha seguido la ley del péndulo. El péndulo se parece a la dialéctica mala: destruye lo anterior para pasar a lo nuevo. Hace tiempo, A. Llano señaló que una sensibilidad renovada para nuestros días exigiría una dialéctica diferente, aquella que mejora por incremento, no por eliminación. A lo largo de estos párrafos hemos visto cuatro paradigmas históricos del capitalismo apoyados en rasgos característicos y hemos podido comprobar cómo muchas facetas positivas de una época han desaparecido en la posterior, porque se ha puesto más énfasis en lo que antes no se tenía en cuenta; pero lo nuevo fue destruyendo lo anterior.

¿Qué aspectos positivos podemos destacar de los cuatro modelos de capitalismo que nos han precedido? Brevemente, del primero, la responsabilidad social, una auténtica preocupación por el bien común. Del segundo, la colaboración entre los particulares y el Estado, es decir, colaboración mutua ante necesidades mutuas. Del tercero la importancia de la libertad y de la propiedad; del cuarto, la importancia de que el gobierno controle algunos aspectos de la economía para asegurar la soli-

daridad, aunque venida de arriba. Esos cuatro, sin embargo, se desarrollaron a costa de otros elementos positivos –o negativos–, que no pervivieron. El primero se apoyaba en la religión y en las ciudades; el segundo, en cambio, necesitaba al Estado, con más poder que una ciudad, y una religión menos libre, con lo cual cercenó la fuerza de ambas. El tercero entendió que había existido demasiado control por el rey y los privilegiados, y los suprimió en favor de la libertad. El cuarto, en fin, entendió que había demasiada libertad, era necesario limitarla con un Estado más fuerte, y sin religión. Así se llega a una solidaridad forzada y poco libre. Es decir, en estas etapas se ganó en global, pero se perdió en local; mejoró la libertad y se recuperó seguridad, pero a costa de la libertad de todos; mejoró lo material, pero se perdió el sentido. Al final, la confusión.

¿Cómo salir del laberinto? No sirven las recetas, pero son necesarias las orientaciones. Consistirían en integrar todo lo bueno heredado –sin abandonar nada–, y desechar todo lo negativo. Se podría aprender:

–Del primer capitalismo, hacer compatible trabajar para el bien particular y para el bien común. Trabajar con sentido social. Importancia de los ámbitos locales.

–Del segundo capitalismo, la colaboración entre lo particular y lo

**Si
aprendiéramos
de la historia
cada época
continuaría
lo bueno de
la anterior y
desecharía lo
negativo**

público. Lo particular es servicio al público y lo público es servicio a los particulares. Son ámbitos que se necesitan mutuamente.

–Del tercero la importancia de la libertad y de la propiedad, pero responsables; la gravedad de las crisis provocadas por la codicia.

–Del cuarto, la importancia de la solidaridad; pero la gravedad de los excesos estatistas. El Estado en su sitio: más Estado donde no lo hay, menos donde resulta excesivo.

–En cuanto a la globalización, la experiencia de la expansión europea nos enseña que es necesario ayudar para mejorar la cultura donde haya demasiado atraso, a colaborar en lo económico y a evitar la explotación imperialista, a tratar al país pobre con dignidad y establecer una auténtica libertad de comercio.

–En cuanto a la religión, las propuestas de la Doctrina Social de la Iglesia dan sentido cristiano a la vida económica y son aceptables por cualquier persona de buena voluntad que profese cualquier otra fe. Como ejemplo, la primacía de la persona y de la familia, una propiedad socialmente responsable, conseguir trabajo para todos, responsabilidad del trabajador, respeto a otras culturas, subsidiariedad del Estado, respeto a las instituciones intermedias de la sociedad civil, búsqueda de la justicia y de la paz •

PARA SABER MÁS: Aurell, J. y Puigarnau, A. (1998), *La cultura del mercader en la Barcelona del siglo XV*, Omega, Barcelona; González Enciso, A. (2011), *El nacimiento del capitalismo en Europa*, Eunat, Pamplona; Ibáñez Langlois, J. M. (1987), *Doctrina Social de la Iglesia*, EUNSA, Pamplona; Le Goff, J. (2003), *En busca de la Edad Media*, Paidós, Barcelona; Lopez, R. S. (1965), *El nacimiento de Europa, siglos V-XIV*, Labor, Barcelona; Suárez Fernández, L. (1969), *Historia social y económica de la Edad Media europea*, Espasa-Calpe, Madrid; Ribot, L. (2016), *La Edad Moderna (siglos XV-XVIII)*, Marcial Pons, Madrid; Vázquez de Prada, V. (1999), *Historia económica mundial*, EUNSA, Pamplona.

FOTO: Página 23: Adquisiciones territoriales de los Estados Unidos. Autor: derivative work by Milenioscuro (Creative Commons).